
El Tonel de Cerveza

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7768

Título: El Tonel de Cerveza
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 29 de septiembre de 2022
Fecha de modificación: 29 de septiembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

A mis queridos amigos

D Luis Diaz Cobeña y D. Lucio Viñas y Deza.

Aunque la embriaguez ha producido héroes, revoluciones, leyendas fantásticas y sistemas filosóficos, por más que en su historia figuren nombres tan respetables como los de Noé y Lot, tan ilustres como los de Alejandro y Carlos XII, y tan populares como los de Ilofman, Edgardo Poe, y muchos otros que no cito; á pesar de que algunos pueblos hayan solido tratar los asuntos más graves entre trago y trago, y de que aún se acostumbre á rociar con vinos generosos las declaraciones políticas de mayor trascendencia, acto oficial conocido con el nombre de brindis, ello es que al abuso de la bebida se debieron la muerte desastrosa de Holoférnes, la pérdida de Babilonia en tiempo de Baltasar, la catástrofe de Agripina, y casi toda la historia del imperio romano, en que tanta parte hubieron de tener los viñedos de Chipre y de Lésbos.

No he podido comprobar si es cierto ó no que cada vino ó bebida espirituosa tiene propiedades que producen efectos determinados y constantes; es decir, si la borrachera del champagne es siempre epigramática y elegante; si la de cerveza es melancólica y pesada; la del Málaga pendenciera, y por último, si un fabricante de Birmingham, despues de beber algunas botellas de manzanilla, experimenta, como los gitanos, la necesidad de entonar una caña á la flamenca.

Durante mucho tiempo he creido que la cerveza sólo producía en los alemanes efectos filarmónicos y daba ocasion á orgías musicales; creía que un aloman ebrio, en vez de insultar á los transeúntes, abrir en canal á su mujer ó prorumpir en gritos subversivos contra el Gobierno, como se acostumbra en ciertos países, empuñaba su violin para dar una serenata á los vecinos, ó cantaba un aria del *Don Juan*, tendido en medio

del arroyo. Y por cierto que he vivido engañado, ó miente el cuento que voy á referir, del cual respondo como puede responder un Gobierno español de sus generales. Es verdad que no soy el único á quien los alemanes han dado chasco; testigos los franceses y testigo toda Europa, á la cual están embromando hace tiempo con su filosofía, para distraer la atención, mientras preparan silenciosamente sus máquinas de guerra.

Suponia yo entre los chasqueados al autor de cierto libro, en el cual se asegura que la cerveza influye en la estadística de nacimientos disminuyéndola. En efecto, ¿cómo podía ser Alemania uno de los países más poblados, cuando la cerveza tiene allí tanto consumo? Pero despues he reflexionado que este argumento es de poca fuerza por falta de datos; para resolver el problema, necesitábamos saber qué poblacion tendria el imperio germánico si los alemanes suprimiesen la cerveza. De igual modo he comprendido que me equivocaba respecto de la influencia que ejercen en el cerebro de un aleman los gases acumulados en una noche de continuas libaciones, porque si la cerveza es un agente providencial que impide la irrupcion sobre la Europa occidental de una poblacion sobrante, claro es que ese agente inspirará ideas peligrosas y crímenes tal vez que contribuyan al mismo objeto filantrópico.

No extrañe, pues, el lector que en esta bebida, al parecer inofensiva, estribe mi argumento, ni que algunos vasos de cerveza conviertan en criminal al hombre más pacífico, puesto que, como recordé al principio, la embriaguez ha producido tantas catástrofes históricas.

I

La espita del tonel goteaba todavía un líquido de color de ámbar, y los vasos estaban ya vacíos; vasos estrechos y larguísimos de cristal de Bohemia, cuyos dibujos representaban á Odin bebiendo cerveza, rodeado de guerreros y de lobos; vasos inmensos destinados á las grandes solemnidades, y que sólo se llenaban en el segundo período de la embriaguez, cuando la vista empezaba á nublarse y se atropellaban las palabras, y se convertían en lógicas y naturales las ideas más absurdas.

German y Esteban bebían y fumaban. Ambos eran jóvenes y vigorosos, aficionados á la música y estudiantes de medicina en el colegio de Colonia; vivían independientes en una casa aislada, á orillas del Rhin, el río de las baladas y de los misterios.

Sin embargo, ninguna influencia ejercían en uno y otro las tradiciones y leyendas; dedicados á las ciencias naturales, sabían perfectamente que en el fondo de los bosques sólo había vegetales, minerales y animales, por lo general ya clasificados; conocían muy bien la causa de las nieblas, y en cuanto á los espíritus, aseguraban que no eran sino el fósforo que contienen los huesos y brilla por las noches, aterrando á las doncellas y haciendo recitar á las viejas versículos de la Biblia más ó ménos oportunos; las danzas nocturnas de las wilis eran sin duda las ondulaciones de los árboles cuando el viento agita sus ramajes, imitando en sus remolinos un wals vertiginoso.

El mueblaje de la sala en que se celebraba el banquete daba á conocer que Estéban y German no pertenecían á esa raza inmemorial de estudiantes pobres que tienen su biblioteca en

la memoria y sus demás objetos de estudio en el gran museo de la vida. Vivían con opulencia escolástica en una casa aislada, cuyo salón principal, enriquecido por un tren formidable de botellas vacías, y decorado con una sillería de toneles, algunos papeles de música, dos violines, innumerables pipas y una panoplia, era considerado de lujo escandaloso por todos los estudiantes. Es verdad que al lado de aquellos objetos de pura ostentación se veían la mesa de operaciones, un riquísimo herbario, minerales de todas clases, aves y cuadrúpedos disecados, estuches de instrumentos y libros voluminosos, diáfanos frascos de cristal que contenían fetos, vísceras y otras partes del cuerpo, que hubiera tomado por objetos de culto un gentil piadoso; en fin, para alegrar el cuadro, había un arsenal de tibias, cráneos, fémures, omóplatos y esternones. En aquella abundancia no se notaba signo alguno que indicase su división de propiedad ni pertenencia exclusiva de una cosa.

En efecto, German y Estéban vivían en comunidad; poseían los mismos objetos, y acaso vestían la misma ropa, por ser idénticos sus cuerpos, robustos y fornidos, como eran semejantes sus fisonomías. Para completar esta descripción me vería precisado á consignar, como es costumbre en las novelas, el color de sus cabellos, á no tratarse de alemanes; pero hemos convenido en que en Alemania todos nacen rubios, y no me gusta alterar las tradiciones.

Sólo el amor interrumpía aquel verdadero comunismo; pero aún en esto existían entre German y Estéban lazos muy estrechos; los dos se habían prendado de la hermosa Eva y pretendido su cariño. No pudiendo participarle entrambos, ni resignándose á cederla, determinaron obsequiarla aisladamente y se comprometieron á respetar el fallo de la jóven. Entre los dos estudiantes era difícil la elección para Eva, cuyas preferencias vagaban de uno en otro, así como sus miradas tiernas é indecisas. Una circunstancia accidental inclinó hacia un lado la balanza, y á no ser por ello, la vacilante niña hubiera concluido por admitir dos dueños de su

albedrío, completando el comunismo en que vivían los dos jóvenes.

Establecida la competencia de méritos y galanterías entre los dos opositores, llegó el día de un baile; Estéban pudo obtener el primer wals, decidiendo vencer á su amigo en aquel agitado ejercicio; German, por su parte, se propuso contar las vueltas que diera Estéban a fin de aventajarle cuando llegara su turno. Los músicos empezaron á tocar, y Estéban, enlazado con la codiciada Eva, se lanzó en medio de la sala. Nunca se había visto pareja tan rápida y uniforme; jamás rueda de reloj ejecutó sus movimientos con más precisión y ligereza. German apenas tenía tiempo de contar las vueltas; los demás bailarines, fatigados, se retiraban á sus asientos; los que tocaban instrumentos de metal exhalaban su último aliento en las boquillas; saltaban las cuerdas de los violines; los brazos del timbalero se dormían; en fin, los músicos, jadeantes, cesaron de tocar, mientras Estéban seguía dando vueltas. Los convidados aplaudieron con entusiasmo, y algunos sacaron sus relojes para precisar la duración de aquel wals famoso; pero pasaban los minutos, el horario adelantaba, y la jareja seguía moviéndose sin dar señales de cansancio ni de rozar la alfombra. Los padres de Eva se alarmaron, las señoras mayores aseguraban que la danza iba tomando un carácter diabólico, y toda la concurrencia repetía inútilmente: «¡Basta! ¡Basta!» Entonces sucedió una cosa extraordinaria; los parientes de Eva, German, sus amigos, y, por último, todos los presentes, se abrazaron á Estéban para contenerle, pero en vano; una fuerza invencible le obligaba á girar, arrastrando en sus movimientos de rotación y traslación aquel enorme grupo, hasta que por fin la voluntad de todos se sobrepuso al magnetismo antes de que se comunicase el fluido á las paredes. La fiesta terminó por un mareo general, y pocos días después Estéban era Presidente honorario de todas las sociedades coreográficas de Alemania.

La segunda oposición fué musical y decisiva en un concierto.

German era tenor y Estéban dominaba de tal manera el violin, que á veces se hubiera creído que hacía encaje con las notas. German exigió, como vencido, cantar ántes que su compañero hiciese la prueba ó templase siquiera su instrumento, temeroso de que Estéban absorbiera la sesion con uno de esos poemas musicales que empiezan en el cáos y concluyen en los Gobiernos representativos. Todas las vueltas de Estéban quedaron olvidadas al eco dulce y sonoro de la voz de German, y cuando éste, en un esfuerzo pulmonar, lanzó un formidable de de pecho, el pecho de Eva se conmovió, sintiendo un deseo irresistible de ser dueña de aquellos robustos y magníficos pulmones. No se dió Estéban por vencido; ántes bien, preparó el arco, ajustó la caja y se dispuso á luchar con gallardía; estaba inspirado, y se hubiera atrevido á competir con Paganini. Apénas Eva escuchó los preludios, abandonó la sala, saliéndose á una galería, seguida de German, que saboreaba su triunfo. El padre de Eva era un desenfrenado violinista, que despertaba á su familia al toque de violin cuando despuntaba el alba, y por las noches dormia á su familia al mismo toque; diez años de concierto continuo habian hecho que Eva aborreciese los violines; nunca se hubiera unido á un hombre que prolongase aquel martirio, y Estéban fué irremisiblemente desahuciado. Furioso con su derrota, improvisó una fantasía tan satánica y nerviosa, que los niños rompieron á llorar, temblaron los hombres y se desmayaron las señoras.

Cuando amaneció el dia siguiente, Estéban, que era un buen amigo, felicitó á German por su victoria y no volvió á pensar en la Eva de German, de cuyo desaire le consolaron otras Evas.

Aquel suceso no turbó las buenas relaciones de los estudiantes; por eso seguían viviendo juntos, poseyendo los mismos objetos, y vaciando un tonel en su gran salon de

estudio, que les servia de musco y de taberna.

II

Los dos jóvenes bebían y fumaban. Aquel día era el aniversario del famoso de de pecho, y en su memoria se llenaban los grandes vasos de Bohemia.

Habían brindado á la salud de Eva, de sí mismos, de las ciencias médicas, del inventor de la cerveza, y por último, á la salud de todas las enfermedades.

La conversacion, animada al principio, languidecía poco á poco, porque la palabra no podía seguir á las ideas; hubieran necesitado para expresarse un lenguaje taquigráfico; cada trago de cerveza les infundía nuevos pensamientos, y los misterios de la medicina se disipaban á cada paso.

—¡Bebamos! dijo Estéban; la sabiduría absoluta reside en la cerveza; he aprendido más en una hora de bebida que en el estudio de esos cráneos estúpidos y de esos libros incompletos.

—¡Bebamos! respondió German; también tengo sed de ciencia.

—Dame un pedazo de barro y prometo hacer un Adán en dos minutos.

—Saca una costilla á tu Adán, y crearé la más hermosa de las Evas.

—La cuestión, añadía Estéban, se reduce á encontrar el barro primitivo, el cual se halla indudablemente debajo del terreno diluviano, entre el Tigris y el Eufrates, donde estaba situado el Paraíso.

—Tienes razón; creemos una nueva raza de hombres

vigorosos para sustituir á nuestra generacion, gastada y enfermiza.

—¡Imposible! dijo Estéban con acento melancólico. ¿Qué sería entónces de nuestros compañeros de estudio, de los empleados de hospitales y de los farmacéuticos? Dirian, con razon, que las enfermedades son su patrimonio; la salud pública es un atentado contra la propiedad de los médicos.

—Es verdad; los intereses creados impiden la reforma.

Hubo un rato de silencio, en el cual los dos jóvenes se sentian acometidos de ideas á cual más extravagante.

De pronto dijo German con acento cavernoso:

—¡Estoy perdido!

Estéban le miró con sorpresa.

—Sí, amigo mio, continuó diciendo el primero; mi corazon ha cesado de latir hace algunos minutos.

—Está completamente borracho, pensó Estéban.

Y levantándose del asiento, se aproximó á su amigo y puso la mano sobre su corazon una y várias veces. Cuando la retiró despues de un rato, Estéban estaba pálido como un muerto. En efecto, el corazon de German no se movia.

—¿Qué me dices, amigo? preguntó éste mirando á Estéban con ojos aterrados.

—Voy á ser franco; aunque hablas, y tus músculos se mueven, y funcionan tus sentidos, para mí eres un cadáver; no hay en tu pecho el menor síntoma de vida; tiene la rigidez de la tabla y la insensibilidad de la piedra.

—Tus observaciones están conformes con las mias. No he sentido la presion de tu mano, por lo que voy á hacer una prueba decisiva.

German tomó una aguja de un estuche y la hundió en su pecho, primero suavemente y después con gran fuerza, hasta que dijo con desgarrador acento:

—No hay duda, soy un fósil; estoy petrificado; nada siento.

A tan terribles palabras sucedió una pausa solemne.

¿En qué pensaba German? Pronto lo sabremos.

En cuanto á Estéban, se entregaba á las ideas más inmorales y egoístas; repuesto de su terror, había reflexionado que la muerte de su amigo acaso le proporcionaría la posesión de Eva, la cual, con esta esperanza, se le representaba otra vez llena de atractivo. Y la veía mentalmente, mirándole con amor, tendiéndole la mano y presentándole sus mejillas sonrosadas.

Hagamos justicia á Estéban; ningún mal pensamiento había cruzado por su imaginación hasta aquel momento, en que los vapores de la cerveza le ofuscaban. Pero hagamos justicia á la cerveza; al mismo tiempo que inspiraba á Estéban tan malos propósitos, infundía en el espíritu de German la idea del martirio.

Éste, que había tomado un papel y escrito algunos renglones, dijo por fin con tono conmovido, pero con firmeza:

—Estéban, cuando su corazón deja de latir, el hombre muere; el estado en que me encuentro no puede durar mucho; pero si por un absurdo médico mi existencia continuase, yo no sabría resignarme ¿vivir teniendo una tabla en vez de pecho. Tú lo has dicho; soy un cadáver que va á beber contigo su último vaso de cerveza.

En esta carta declaro que voy á suicidarme en un sitio donde jamás podrá encontrarse mi cadáver, y lo hago para librarte de la acción de la justicia. Quiero que estudies en mi cuerpo el fenómeno de mi insensibilidad, y que mi esqueleto,

colocado en tu despacho, te recuerde este pobre amigo. Cuando haya bebido el último trago, exijo de tu amistad que me degüelles sin dolor y con cariño, como degollarías á tu padre.

Estéban rechazó con horror la idea de German; pero la imágen de Eva se le aparecía cada vez más irresistible y voluptuosa. German suplicaba á su amigo con esa terquedad que sólo tienen los borrachos; Estéban se resistía como una doncella á su primer amante; su lucha se hubiera prolongado y hubiera triunfado la razon á no mediar una Eva y tantos vasos de cerveza.

Todas las objeciones de Estéban eran victoriosamente refutadas por German. Aquél no podía lógicamente negar á su amigo el favor de asesinarle; es decir, de hacer por él lo que haría el día de mañana por el peor de sus clientes.

La proposcion fué aceptada, y se llenaron las copas destinadas al brindis de la muerte.

Otra tentacion, otro deseo diabólico, contribuían á que el amigo se convirtiera en asesino; Estéban sentía la atraccion de lo prohibido, la curiosidad misteriosa del crimen y un interes científico.

Preparó, pues, su escalpelo, y se chocaron por última vez los vasos de Bohemia.

German llevó el vaso á sus labios, y miéntras bebía, Estéban hundió el acero en su garganta; el cuerpo cayó, no sin lanzar ántes una mirada de dolor y de despecho.

German acusaba á su amigo de no haberle dejado beber el último trago.

—La noche ha llegado; es preciso borrar las huellas del crimen; cerremos la ventana y mondemos el cadáver para cumplir la postrera voluntad de este pobre amigo. ¡Eva será mi esposa!

Así decía Estéban colocando á German en la tarima y despojándole de la ropa.

El fenómeno de la insensibilidad quedó al momento explicado, pero de la manera más vulgar y ménos científica.

Cuando German se quejó de no sentir las palpitations del pecho, olvidaba en su embriaguez que entre la levita y el chaleco tenia un gran cuaderno de música comprado aquella misma tarde.

—¡Bárbaro de mí! pensó Estéban; sin duda estábamos borrachos cuando olvidamos que los pechos no se reconocen por encima de la ropa.

Y empezó la diseccion con la seguridad de un profesor que trabaja haciendo esos.

III

Habían trascurrido indudablemente algunos años.

Estéban era un médico famoso; ciegos y tullidos se estacionaban en su puerta, y por las calles le seguían tísicos, mancos, ictericos, lazarinos y tercianarios, pidiéndole la salud por misericordia. Damas flaquísimas engordaban visiblemente con el tratamiento del doctor, que también disminuía el excesivo volumen de las gruesas. Se le atribuían curas admirables y operaciones atrevidas; sus recetas se consideraban como licencias para vivir, y los moribundos le pedían que prorogase su existencia. Los chatos salían de sus casas con narices aguileñas; convertía las bocas más anchas en boquitas, y cicatrizaba los pulmones más llagados si su dueño los dejaba en su despacho por unos cuantos días. Sabía las virtudes de que carecían los medicamentos, por lo cual nunca propinaba remedios inútiles, y su bisturí, en vez de causar dolores, hacía reír de gusto á los enfermos.

Llovían regalos en su casa; no bastaban arcas para guardar el oro y la plata, y para colmo de ventura, estaba casado con Eva, cada día más hermosa y rozagante.

Estéban, sin embargo, no era completamente dichoso, porque amargaban su vida tres pesares.

Uno de ellos era el recuerdo de su amigo y el temor de revelar el crimen entre sueños; el esqueleto de German, colocado en un mueble de ébano y cristal, era la admiración, por su vigorosa y gallarda osamenta, de todos los que visitaban el despacho; más de una joven había suspirado al verlo, pensando en el arrogante mozo á que debía haber pertenecido.

Algunas veces trató Estéban de relegarlo á un desvan; pero no se atrevia á faltar á la última disposicion de su amigo, temiendo que la preocupacion por semejante falta le hiciese soñar alto. Pero su presencia le mortificaba, sobre todo cuando Eva entraba en el despacho, y extraordinariamente si ésta se detenia á contemplarlo.

Creia entónces que el esqueleto iba á decir de un momento á otro: «Yo fui tu prometido; yo debia ser tu esposo.»

Pero el esqueleto era prudente y se callaba.

El segundo pesar de Estéban le producía su afición de violinista. Si Eva le habia concedido su mano, fué, entre otras cosas, por tener un recuerdo de German en su mejor amigo; pero exigió á Estéban la promesa, consignada en escritura solemne, de no tocar el violin sino fuera de su casa.

Estéban era aficionado al violin; pero su gusto se convirtió en delirio con la prohibicion, y con la completa imposibilidad de satisfacerlo desde que la fama le absorbió todo su tiempo.

Un ciego apetito de tocar le martirizaba; sólo una ó dos veces durante su matrimonio habia podido alejarse de la poblacion con su violin y desfogarse en medio de un camino tocando con voluptuosidad y verdadera ánsia, hasta que sus dedos se agarrotaban ó se rompía el instrumento.

Pero el pesar más intolerable del doctor consistia en el descubrimiento de que su mujer era coqueta; unos dias fijaba su vista con placer en un buen mozo que le debia la nariz; otros miraba con demasiada frecuencia á través de los cristales, ó tenia continuas distracciones, ó recibia visitas á cada instante, ó escribia cartas muy largas en pliegos muy pequeños.

Convencido de la coquetería de Eva, determinó averiguar si era culpable, para lo cual anunció Estéban una mañana que pasaria aquella noche velando á un enfermo. Creia salir de

dudas con esta estratagema, usada desde el principio del mundo por todos los maridos recelosos.

Llegó la noche, y cuando Estéban se despidió de su mujer, observó con espanto que Eva se había peinado con más esmero del que tenía por costumbre.

IV

—Es imposible, decía Estéban en la calle.

—No hay remedio; si V. no me acompaña, mi hija se muere sin auxilio, le decía un cliente con voz amenazadora.

Estéban le siguió despechado y entró en la alcoba de la enferma, pensando en el peinado de Eva, y dispuesto á salir de aquella casa acto contínuo.

La jóven estaba sin movimiento, víctima de una horrible congestion que exigia la presencia del médico durante toda la noche, con pocas probabilidades de buen éxito.

El doctor vaciló un instante, y luégo pidió papel y tinta; escribió algunas líneas que entregó al padre de la enferma.

Cuando el padre leyó el escrito, quedóse lívido y dejó salir al médico.

Lo que juzgaba receta era un certificado de defuncion en toda regla.

Estéban salió de prisa, temiendo que por una reaccion milagrosa la enferma abriese los ojos.

V

A pesar de lo avanzado de la hora, habia luz en el aposento de Eva. La sangre de Estéban dejó de circular y quedó aterrado ante aquel solo indicio; luego vió una sombra, que no era la de Eva, proyectándose en las cortinas. El indicio se convertia en evidencia, y la debilidad de Estéban se trocó en un vigor nervioso extraordinario.

Abrió con sigilo la puerta de la calle y cruzó las habitaciones lenta, callada y recelosamente, temiendo hacer ruido con el aliento, y deteniéndose asustado cada vez que su ropa rozaba las paredes, ó crujian sus articulaciones, ó el calzado rechinaba. Era preciso no alarmar á los culpables, lo cual les daría tiempo para destruir las pruebas de su falta, y era tambien preferible terminar de una vez aquel asunto á puñaladas, a soportar continuamente una deshonra sin venganza.

Cuando llegó á la puerta de la alcoba se hallaba fatigado, y debió tardar mucho en recorrer aquel camino, porque Eva estaba ya dormida, á juzgar por su respiracion, fuerte y pausada.

Estéban sacó una hoja de acero, que en sus manos debía ser un arma formidable, y abrió la puerta de la alcoba.

La luz seguia encendida; Eva no se habia despertado, y se veian dos bultos en el lecho.

El agraviado esposo tomó la luz y se adelantó hacia los culpables; pero de pronto Estéban se detuvo, pintándose un gran terror en sus facciones.

Al lado de Eva estaba el esqueleto de German, ocupando el

sitio que le habían usurpado.

Estéban perdió el conocimiento.

Conclusión

—¡Despierta, Estéban! hemos dormido más de veinte horas.

Pero Estéban oía la voz de German y no se atrevía á abrir los ojos; cuando se convenció de que su amigo no era un esqueleto, saltó del lecho, miró á todos lados, y encontrándose en su salon, rodeado de huesos y toneles, no pudo contener el júbilo y se arrojó en brazos de su amigo.

—¿Y Eva? preguntó con timidez Estéban, y respondió German:

—No la conozco.

—¿Luégo todo lo he soñado?

Estéban refirió el cuento á su amigo, y éste le dijo sonriendo:

—Lo extraño es que la conversacion nuestra, sin embargo de tomar parte del sueño, es la que tuvimos ayer tarde.

—¿No brindamos por Eva? dijo Estéban.

—Sí, pero fué por la Eva del Génesis.

Los dos prorumpieron en una carcajada. Despues Estéban empezó á reflexionar, tratando inútilmente de separar de su imaginacion lo real de lo soñado.

—No caviles en eso, dijo German á Estéban; seria marcar los límites que hay entre la razon y la locura.

En aquel momento Estéban distinguió su violin, y descolgándolo, se puso á tocar una marcha diabólica y siniestra..

—Esta es la marcha que improvisé en sueños, cuando Eva salió del salón para no oírme.

—Pues te aseguro, respondió German, que hizo bien en no escucharte; si te obstinas en seguirla, me veré en el caso de empezar mi ópera, la que me has prohibido tocar en casa.

—Deja que concluya esta parte añadió Estéban con cariño.

German tomó otro violín y preludió una sinfonía.

—¡Tregua! ¡Tregua! dijo el primero arrojando el instrumento. Y luego, dirigiéndose hacia donde estaba el tonel, exclamó, alzándole entre sus brazos:

—De tu interior ha salido Eva, tonel maldito, y temo que aun esté oculta en tu fondo; si saliese de él otra vez, mi amistad con German peligraría. Huye, enemiga del instrumento más armónico, á refugiarte en otra casa, á indisponer á otros amigos.

Y arrojó el tonel por la ventana con tal fuerza, que al caer en tierra se deshizo.

Los últimos vapores de la borrachera hicieron ver á Estéban entre las tablas desunidas y los aros del tonel la figura hermosa de Eva, mirándole con coquetería y perdiéndose al fin entre la niebla.

Ilustración de Madrid, Junio de 1871.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.